

En pos del Dios Supremo en la antigua China

Es frecuente oír hablar del Celeste Imperio como de uno de los grandes pueblos que, en el decurso de su gloriosa historia, cuatro veces milenaria, ha conservado relativamente intacta la creencia en un Supremo Dios. "*Hace ya cinco mil años los chinos eran monoteístas*", dijo con frase feliz James Legge, el conocido traductor inglés de los clásicos chinos. "*Populus Sinensis nunquam sine Deo fuit*", rezaba por su parte el testamento espiritual de aquel otro eminente sinólogo jesuita P. L. Wieger.

Según, pues, esta opinión, que llegó a ser común en el campo de la Sinología de derechas, a partir de épocas remotísimas, que se extienden—según la cronología clásica de los chinos—a más allá del siglo XX antes de nuestra Era hasta el año 1914, en que Yuan Shih Kai, en calidad de jefe supremo de la nación, subió las gradas del templo del Cielo para ofrecer el sacrificio anual, la China oficial nunca ha dejado de reconocer al Soberano de los Cielos ni de honrarle con sacrificios de oblación y súplica.

Hubo, es verdad, épocas en que tales creencias parecieron ofuscarse por la interposición de nuevos credos aportados del extranjero, pero las tinieblas nunca llegaron a ser tan sombrías que lograsen apagar la recóndita y diminuta luz que pugnaba por rasgar las nubes y aparecer al exterior.

Para meditar sobre este patrimonio, que tanto honra al pueblo chino, ningún punto tan a propósito como Pekín, la capital imperial de los suntuosos templos y de los monumentos históricos. Escojamos hoy el más grandioso y venerable de todos, "el meteoro entre las estrellas de menor magnitud", el Templo o Altar del Cielo. Y apoyados en una de sus balaustradas, de purísimo mármol blanco, y remontando nuestra mirada hasta los orígenes del pueblo chino, tratemos de dar, basados siempre en la objetividad de la historia y de sus cien-

cias auxiliares, con ese hilo de oro de la creencia en un Supremo Señor, la mejor preparación que un pueblo puede ostentar para la aceptación del Cristianismo.

* * *

Tres vías mutuamente complementarias nos permitirán descubrir los orígenes religiosos del pueblo chino: la etnológica la arqueológica y la literaria.

Hasta fechas todavía recientes, la empleada por la mayoría de los sinólogos era casi exclusivamente la última, ya porque escaseaban todavía otra clase de documentos, ya porque se suponía—un poco precipitadamente tal vez—que las creencias que se nos revelan en los primeros documentos literarios del país debieron ser las profesadas por sus primitivos habitantes¹.

Con todo, los múltiples hallazgos arqueológicos llevados a cabo en el último decenio del siglo pasado y en lo que llevamos del presente, con sus inscripciones óseas cronológicamente anteriores a los textos más antiguos de los Libros Clásicos, obligaron a los peritos a retrasar sus fechas y a empezar sus lucubraciones por los monumentos arqueológicos de la dinastía Shang (1765-1123 a. C.)².

El método etnológico como tal no ha sido, al menos que nosotros sepamos, aplicado directamente al punto en cuestión. Decimos *directamente*, porque en hecho de verdad el argumento derivado de la Etnología se halla como base implícita—no siempre consciente tal vez—de todas las conclusiones sacadas por la Sinología izquierdista en este punto particular. Por eso precisamente conviene que nosotros empecemos nuestra exposición por aquí, con la esperanza de que, no obs-

¹ Así, entre otros, los siguientes conocidos autores: L. WIEGER, S. J., *Histoire des Croyances Religieuses en Chine*, Shienhsien, 1917; CLENNELL, *The Historic Development of Religion in China*, Nueva York, 1917; EDKINS, *Religion in China*, Londres, 1893; PLATH, *Die Religion der Alten Chinesen*, Munich, 1862; HARLEZ, *Les Religions de la Chine*, Leipzig, 1891; ROSS, *The Original Religion of the Chinese*, Edimburgo, 1929; SOOTHILL, *The Three Religions of China*, Londres, 1927, etc., etc.

² Además del libro de CREEL, *The Birth of China*, Nueva York, 1937, que después analizaremos, esta tendencia se va generalizando tanto en libros como en revistas. Citemos entre estas últimas *Monumenta Serica*, publicada por la Universidad católica de Pekín, que, junto con su filial: *Folklore Studies of Oriental Ethnology*, está prestando relevantes servicios a la prehistoria de China. Interesantes artículos de vulgarización han ido apareciendo asimismo en el: *Chinese Recorder*, en el *North China Branch of the Royal Asiatic Society*, etc., etc.

tante las dificultades inherentes a campo tan poco desbrozado, la evidencia derivada de su estudio podrá servirnos de fundamento sólido para las otras dos vías que después nos tocará analizar³.

I

VIA ETNOLOGICA

La Etnología religiosa, ciencia de aparición todavía reciente, tiene por objeto los hechos observados que en los pueblos de cultura primitiva señalan las relaciones del hombre con la divinidad. Reciben el nombre de *pueblos primitivos* aquellos grupos etnológicos de civilización primitiva—caracterizados de diversa manera, según los autores—que aún subsisten relegados en rincones de ambos hemisferios y representan para nosotros los ejemplares vivientes más alejados de la humanidad⁴.

Los métodos de esta ciencia, iniciados por nuestros misioneros (al menos en su forma rudimentaria) en las épocas de los grandes descubrimientos—siglos XVI y XVII—, han sido perfeccionados y empleados en gran escala durante los últimos decenios. Prácticamente todos los grupos primitivos han sido sometidos a estudios de especialistas, aunque no siempre con la competencia e imparcialidad que hubiera sido de desear. Una de las razones de este interés creciente lo ha constituido cabalmente el peligro inminente de extinción a que se hallaban expuestas estas razas de parte de otras civilizaciones más potentes que las circundaban. El Horado Pontífice Pío XI fué el primero en dar muestras de tal interés por el estudio de esos grupos raciales “que constituyen documentos humanos dignos de ser conservados con toda veneración”, al costear muchas de las expediciones organizadas por los misioneros católicos.

La literatura producida a raíz de estas investigaciones ha sido inmensa. Los nombres de Andrew Lang, Sir Frazer,

³ Trátase, por lo tanto, de un modesto ensayo que por fuerza tendrá que resultar incompleto bajo más de un aspecto. Las circunstancias nos han impedido el contacto directo con los especialistas de tan diversos ramos, sobre todo con los de arqueología china.

⁴ “Etnología, escribe Van Gennepe, es el estudio de los pueblos actuales que no han llegado todavía al estadio de producción caracterizado por la gran industria.”

Durkheim, R. Allier, Taylor, Levy-Bruhl, Pettazoni, Howitt, Schmidt, Schebesta, Mondandon, etc., etc., van haciéndose familiares al público ilustrado de tanto verlos citados en Manuales de Etnología y en revistas de ciencias anexas. Como obras de conjunto y de seriedad científica a toda prueba pueden consultarse: *Etude Comparée de Religions*, del eminente jesuíta francés P. Pinard de la Boullaye, París, 1922, dos volúmenes, y sobre todo, la monumental obra del religioso austríaco, P. William Schmidt, S. V. D., *Der Ursprung der Gottesidee*, Münster, 1926-1935, seis volúmenes.

La lectura de ambas obras, en las que sus autores hacen gala de pasmosa erudición, abrirá ante nuestros ojos horizontes insospechados y todo un mundo de seres humanos, que, no obstante las diferencias que de nosotros los separan, participan sin embargo con el resto de los mortales de una aspiración honda y común: la tendencia al Supremo Bien, que satisfaga cumplidamente las ansias del corazón. Al mismo tiempo, y como reacción en cierto modo opuesta, nos convenceremos de que, a pesar de las afirmaciones contrarias que se hacen, un buen número de problemas etnológicos planteados: estado cultural de la primitiva humanidad, origen y expansión del politeísmo, determinación de las creencias primitivas de la humanidad, etc., son matices que escapan aún a la investigación científica más perspicaz. Las conclusiones de la verdadera Etnología se acercan más o menos a aquellas fechas, pero sin alcanzar jamás el estadio primitivo del género humano después del pecado original y ni siquiera a las generaciones inmediatamente subsiguientes.

“Si por primitivos entendemos, escribía uno de los primeros adalides de la Etnología católica, el estadio primitivo de la civilización, que parece el más sencillo, el menos avanzado y el más cercano al hombre prehistórico, es el término que tal vez mejor se pueda emplear. Con todo, de ninguna manera pretendemos identificar a nuestras razas inferiores presentes con las primitivas, y mucho menos con el primer hombre. El estado de aquéllas y de éste nos son absolutamente desconocidos”⁵.

Un grave escollo que muchos, que a sí mismos se llaman etnólogos, difícilmente logran evitar es la intromisión de sus prejuicios doctrinales en esferas que deberían reservarse exclusivamente a la investigación y a la ciencia. La Etnología hizo su aparición en los críticos momentos en que “los in-

⁵ HUBY, *Christus, Manual de Historia de las Religiones* (trad. española, Barcelona, 1929, p. 69).

telectuales—son sus palabras—libraban batalla para librarse del dogmatismo esclavizador de la Iglesia”, y cuando el evolucionismo crudo de Darwin, Spencer, Huxley y Haeckel, o la filosofía idealista de Kant, Schelling y Hegel, eran postulados que debía admitir todo aquel que quisiera obtener carta de ciudadanía en el mundo de las ciencias. Por eso la ideología que frecuentemente presidió sus lucubraciones estaba dictada por dos directivas fundamentales: fe ciega en la doctrina de la evolución, puesta al servicio del racionalismo, y la convicción de que el único progreso de la humanidad debe consistir en la eliminación del oscurantismo religioso de los pueblos. ¡Tristes postulados, que, cual hilos invisibles, han suscitado más de una teoría y dirigido tantos trabajos de investigación!

El punto de partida de estas diversas concepciones etnológicas ha solido variar. La religión, según unos, ha podido tener lugar en el error del entendimiento todavía poco desarrollado de los primitivos (animismo de Taylor, magia de Frazer y fetichismo de Reinach), o en diferentes factores independientes de la razón (teorías emotivas de Hartmann, Marret y Soderblom y premagismo de Loisy), o finalmente en el pensamiento comunal (teorías de Durkheim, Hubert, Mauss, Levy-Bruhl y otros), que alcanza su paroxismo en las fases de exaltación de todo el clan reunido para celebrar algún acontecimiento de importancia⁶.

Con todo, si entre este mosaico de sistemas etnológicos en boga quisiéramos escoger el más extendido y el que, por decirlo así, forma la masa común de la mayoría de ellos, deberemos afirmar que *el evolucionismo* en alguna de sus múltiples fases es el primero, el más peligroso y aun el más irracional de todos. Tomando como base el apriorismo de que “es

⁶ Cae fuera del marco de las presentes páginas la descripción detallada de los diversos sistemas etnológicos que pretenden explicar el origen de la religión. La obra de A. BROSS, *Ethnologie Religieuse*, París, 1933; el artículo “Religión”, del gran *Dictionnaire de Théologie* (Mangenot-Amann), vol. XII, documentadísimo y muy al día; varios estudios sobre el mismo tema contenidos en la colección “*Apologetique*”, dirigida por M. BRILLANT, París, 1932; M. DESCAMPS, en su libro *Le Génie des Religions*, Bruselas, 1930, etc., podrán suministrar al lector materia abundante, sin tener necesidad de recurrir a las fuentes, más extensas, de Schmidt y Pinard de la Boullaye. Entre las revistas científicas que se ocupan de estos trabajos es menester citar, además del ya célebre “*Anthropos*”, de los PP. del Verbo Divino de Moedling, Viena, “*Recherches des Sciences Religieuses*”, en la que los jesuitas franceses van dando cuenta en interesantes y bien documentados boletines del movimiento etnológico-religioso del mundo entero.

imposible que salvajes incapaces de contar hasta siete" (Hartmann) hayan podido llegar a concepción religiosa tan sublime como la de un Supremo Señor, el evolucionismo ha querido aplicar fríamente a la Etnología los métodos empleados en las ciencias biológicas y antropológicas. Para sus partidarios, la humanidad es sencillamente un nuevo organismo viviente que habría comenzado por una civilización pobre, miserable, rudimentaria, tanto en el campo material como en el religioso, y después de haber pasado por la animalidad, tras un penoso y prolongado esfuerzo, se habría dirigido hacia un estadio superior, para llegar al fin al nivel de las civilizaciones históricas⁷.

* * *

Por este método tan simplista como arbitrario el evolucionismo nos ha transmitido esquemas "científicamente comprobados", como el de Lubback (1834-1912), quien en un famoso libro, que en su época hizo furor, señalaba al progreso religioso de la Humanidad los siguientes estadios: 1), *atetismo*, caracterizado, no por la negación de Dios, sino por su desconocimiento total; 2), *fetichismo*, por medio del cual cree el hombre poder forzar a la divinidad para que acceda a sus deseos; 3), *totemismo*, en el que el hombre adora como a divinidades a las fuerzas y elementos de la Naturaleza; 5), *idolatría*, que se distingue de las demás en el hecho de que a las divinidades se las representan en imágenes; por fin, 6), *teísmo*, en el cual la divinidad, concebida como autor de la Naturaleza, llega a ser un personaje moral y espiritual, estadio, sin embargo, este último completamente ajeno a la mentalidad de los pueblos primitivos⁸.

7 "La teoría de la evolución aplicada a la Etnología, dice A. M. Goldenweiser, debe aceptarse como postulado filosófico antes de que se pueda emplear el método comparativo. Y entonces los resultados obtenidos no son ya verdaderas pruebas, sino únicamente ilustraciones de la teoría evolucionista, que constituye a su vez su postulado. Por eso se le ha denominado con razón "sistema del todo anticuado" (hopelessly antiquated), o también "un juguete para diversión de los niños grandes" (a toy for the amusement of big children)." Cf. PINARD, o. c., I, p. 443.

8 *Ibidem* ib., p. 378.—Digno de parangonarse con el de Lubback es el cuadro de los orígenes de la Humanidad trazado por M. Reinach en su famosa obra *Orpheus*. París, 1909. Para él, los misterios eucarísticos no son sino reminiscencias de los antiguos banquetes sacrificiales, y aun "el Jehovah de las rocas y de las nubes no pasa de ser un producto del animismo, así como al Decálogo Sinaítico se mirará en adelante como un viejo código tabú modificado." (Cf. Descoqs, *Theodicea*. París, 1929, I, p. 177).

Era casi inevitable hasta cierto punto que la Sinología moderna, en el curso de sus lucubraciones, diese con alguno de los escollos que acabamos de apuntar. Sus mejores representantes—incluso un buen número de pastores protestantes—traían consigo de Europa y América, al arribar por primera vez a las hospitalarias playas de China, una costra de racionalismo e indiferencia del que difícilmente lograban desprenderse y que, por el contrario, dejaba su mancha infecciosa en cada uno de los objetos que tocaba. Por regla general, no es que les faltase espíritu de observación, pero sus conclusiones pecaban de precipitadas. Basándose en el animismo que parece infiltrarse en la mayoría de las prácticas religiosas del pueblo sencillo actual, y en las alusiones que en este sentido se leen en los Libros Clásicos, quisieron concluir—aplicando sistemáticamente los postulados del evolucionismo religioso—que la religión primitiva de los chinos fué el animismo u otra religión de tipo inferior, sin fijarse precisamente en que el tramo asentado en la ribera opuesta descansaba sobre fundamentos imaginarios⁹.

Abre la lista de los representantes más conspicuos de esta escuela el Rvdo. J. J. M. DE GROOT, misionero protestante que trabajó durante años en las cercanías de Amoy (Fukién), y cuyas observaciones quedaron compiladas en seis extensos volúmenes que llevan por título: *The Religious System of China, Its Ancient Forms, History and Present Aspect* (Leyden, 1892-1912). El ascendiente ejercido por este autor, principalmente entre sus correligionarios, es tal que puede y debe figurar como el representante genuino de la teoría religioso-evolucionista en China, puesto que muchos de sus sucesores se han contentado con plagiarle, o con un “ya lo demostró De Groot”, que en su concepto equivale a una cita de varias páginas.

⁹ Puede verse en Pinard, I, p. 355, una de esas proclamas lanzadas al público francés bajo el epígrafe nada sospechoso de “La lutte contre l'Eglise”. Allí, después de perorar mucho sobre la urgencia de dar al público la verdad escueta sobre la historia de las religiones, tal como ha sido estudiada por los enciclopedistas y teólogos protestantes, se asienta el principio de que: “la religión no es más que una institución humana como otra cualquiera”. Y por si todavía no estuviera claro el objetivo perseguido con tales lucubraciones, se añade sin eufemismos que: “seule la critique exclusivement rationaliste ira jusqu'au bout des démolitions nécessaires”

El postulado del que parte nuestro autor ha sido enunciado así en las primeras páginas de una de sus obras:

“La forma primitiva de la religión de los chinos y su verdadero fondo aún hoy día es el animismo..., elemento que viene a ser también nervio y raíz de todas las demás religiones. Es el elemento que eminentes pensadores de nuestro tiempo, con Herbert Spenser a la cabeza, han puesto en primer plano de sus sistemas por lo que toca a cualquier religión del mundo. En China esta creencia se basa en una fe ciega en la vida del universo y en la de los seres que lo pueblan”¹⁰.

Bajo el influjo de las concepciones personales de DE GROOT, aunque escribiendo en obra publicada antes que la definitiva del anterior (1889), explicaba A. REVILLE, sinólogo protestante francés y el primero en ocupar la cátedra de Sinología, del Collège de France, los orígenes de la religión china:

“Para formarnos idea cabal de lo que fué la religión primitiva de los chinos, es menester, como cree De Groot, partir de la situación religiosa actual, sorprenderla en sus rasgos característicos y buscar en el estado de cosas que nos presenta—ayudados por los conocimientos adquiridos en el estudio comparado de las religiones—los indicios que debieron darla origen”¹¹.

Algunos años más tarde un compatriota suyo, MAURICE COURANT, se tomaba el trabajo de reforzar la tesis de Reville analizando los textos religiosos de los Clásicos Chinos. Por el empleo de un curioso ardid que otros volverán a imitar (es decir, que los chinos no distinguen en su lenguaje el número singular del plural, y que, en consecuencia, el Shang Ti o Supremo Señor de los antiguos textos puede significar *una* o *varias* divinidades) viene a concluir que es poco “científico” el traducir ese vocablo por *Dios* u otro término semejante, y establecer así el monoteísmo primitivo de los chinos, tanto menos cuanto que, según las conclusiones de la Etnología religiosa, ese concepto de *unidad divina* es una idea particular, *extraña* a los orígenes de tantas civilizaciones religiosas¹².

Para SCHLINDER los tres términos comunes para designar la suprema deidad de los chinos: Shang Ti, T'ien y Tao, fueron en sus orígenes nombres de divinidades locales pertenecientes a diversas familias imperiales. T'ien pudo, además, ser el nombre del cielo material o haber tenido sentido antro-

¹⁰ *Religions of China*, Londres, 1910, p. 1.

¹¹ REVILLE, *La Religion des Chinois*, París, 1889, p. 98.

¹² *Revue d'Histoire des Religions*, 1899 (extracto) p. 13.

pomórfico, en tanto que Shang Ti pudo proceder del nombre de algún antepasado imperial¹³.

PARKER, en su obra *Ancient China Simplified* (1908), y lo mismo su más reciente de *Religion in Ancient China*, califica a los antiguos chinos de desprovistos de toda religión en el sentido que ahora damos a esta palabra, y apunta la idea de que aquellos hombres no debieron llegar a distinguir con suficiente claridad las nociones de emperador y divinidad. Conclusión, al menos implícita: el Supremo Señor de la China clásica no fué más que la evolución de algún antepasado imperial.

Por su parte, el ilustre sinólogo francés EDUARD CHAVANNES (1836-1911), sin revelarnos su opinión personal sobre el punto que nos ocupa, sostiene, contra un buen número de autores, que los términos Shang Ti y Hao T'ien no designaron en sus comienzos un solo e idéntico Sér, el Supremo Señor, ni siquiera el cielo material, sino dos seres diversos, algo así como el Zeus y Uranos de la mitología griega, aunque más tarde fueron identificados por la imaginación popular¹⁴.

W. E. SOOTHILL, profesor de Sinología en Oxford, en su obra *The Three Religions of China* (1908), empieza su capítulo sobre la idea primitiva de Dios en China, mostrando simpatías por la teoría animista de De Groot, aunque sin adoptarla, hasta que pocas páginas después resuelve decididamente arrojarse a sus brazos, apoyado en el principio de que:

“si es verdad, como lo pretende la teoría moderna, que toda religión ha tenido su origen en un animismo primitivo, *habremos de concluir* que también la religión china se desarrolló en forma análoga”¹⁵.

Otro sabio francés, M. GRANET, autoridad de primer orden tratándose de los orígenes de la civilización china, aunque acusado por los críticos de dejarse llevar en sus investigaciones de ciertos prejuicios doctrinales muy hondos, a pesar de reconocer en la China Clásica “un poder sobrehumano, único y omnipotente, revestido de los atributos de un verdadero Dios”, añade que este culto no era en las épocas feudales más que una religión dinástica y oficial, superpuesta al de los dioses

¹³ *The Development of the Supreme Beings in China* (Hirth Anniversary Volume, 1923) p. 312.

¹⁴ *Revue d'Histoire des Religions: Le dieu du sol dans l'ancienne religion chinoise*, 1901, p. 125-146.

¹⁵ Empleamos la traducción francesa (*Les Trois Religions de la Chine, Paris*, 193). Cf. e. *L'idée de Dieu*, p. 112-113.

agrarios y al de los antepasados. Granet ha sido en China el exponente más acérrimo y autorizado de las teorías sociales de Durkheim¹⁶.

Entre un grupo compacto de sinólogos contemporáneos estas ideas no han cambiado en su trazo esencial, aunque a veces se nos presenten bajo ropaje más elegante y terminología científica.

Tal es, por ejemplo, el caso de CARL WHITING, Bishop del Freer Gallery of Art, de Wáshington, cuyo nombre ya íntimamente ligado a los hallazgos arqueológicos del Neolítico chino. Según él, la religión de esta época era típicamente animista, con un culto intenso de ríos y montañas, con festivales matrimoniales, sacrificios humanos y aun tal vez actos de canibalismo. Al finalizarse la Edad de Piedra, estas divinidades adoptaron atributos femeninos y se introdujo por primera vez el culto a los antepasados. El cataclismo social, con la consiguiente división de clases y oficios, que tuvo lugar en la Edad del Bronce habría originado en el elemento dirigente del país el culto al cielo material—tal vez la adoración del Sol—, que, al correr de los siglos, degeneraría en el culto al Supremo Señor, de características personales bien definidas, del que tan frecuentemente se nos habla en los Libros Clásicos¹⁷.

Otro de los prolíficos autores modernos, E. T. C. WERNER, prefiere seguir paso a paso la teoría animista de Taylor, según la cual el hombre primitivo se formó primero en sueños la idea de algún sér incorpóreo distinto de sí, aplicó más tarde ese mismo concepto a los demás seres de la Naturaleza y rindió después culto a los antepasados para desembocar por

¹⁶ *La Religion des Chinois*, 1922, p. 61.—En su obra posterior: *La Civilization de la Chine*, París, 1929, continúa aferrado a sus anticuadas teorías.—El influjo del ilustre profesor de la Sorbona en la formación científica de muchos intelectuales chinos ha sido en ocasiones bastante profundo. Como botón de muestra de sus ideas religiosas bástenos citar los brutales consejos que en 1921 dirigió al Comité de la Joven China. *Apoyado en la irrecusable autoridad de Voltaire*, afirmaba que los chinos nunca habían tenido religión. Por lo tanto, tampoco ahora deberían preocuparse de adoptar ninguna: "Restez toujours comme vous êtes, sans religion". Imitad más bien a las grandes naciones modernas, que ya han sabido deshacerse de ese trasto inútil. "De nos jours la religion n'est pas nécessaire". (Cf. Wieger, *Le flot montant*, 1921, II, p. 79-80).

¹⁷ *Journal of the Branch of the Royal Asiatic Society*, 1933, p. 25-29. Sabemos que se ha alabado la competencia científica del autor en materias relativas al neolítico chino. La reconocemos con gusto. Sin embargo, opinamos—y quedará la cosa más clara en las páginas que siguen—que no se trata de una evolución de las divinidades materiales en un Supremo Dios, sino que el proceso es más bien de retroceso.

fin, a pasos lentísimos, en una especie de monoteísmo. Igual o análogo proceso se habría seguido en China¹⁸.

Hasta el historiador de las Misiones Protestantes chinas, K. S. LATOURETTE, encuentra la teoría animista como una de las más aceptables para explicar los orígenes religiosos de este país¹⁹. Lo mismo sucede, como tendremos ocasión de comprobarlo después, al erudito investigador de prehistoria china R. H. CREEL²⁰.

Como último ejemplo de este descarrío científico (la lista de autores podría alargarse indefinidamente) citemos una obra de aparición reciente y redactada por otra parte con verdadero derroche de erudición, debida a la pluma de R. DAY, profesor de religiones comparadas en la Universidad protestante de Hangchow: *Chinese Peasant Cults* (1940). El autor no oculta en diversas partes de su libro el secreto gozo que le inspiran los descubrimientos etnológicos de Marret, Frazer, Pratt y otros partidarios del evolucionismo religioso, a quienes toma por guías de sus lucubraciones aplicadas a China. He aquí cómo concibe la génesis religiosa del pueblo chino:

“La evolución de la religión china puede compararse a un gran río de experiencia creciente al que contribuyen numerosos tributarios. Del sentimiento de temor y reverencia que inundaba el corazón del primitivo salvaje chino, brotaron dos arroyuelos de prácticas religiosas: el culto a la tierra con sus frutos y la veneración a los antepasados. Estas creencias, engrosadas por otros afluentes de prácticas animistas, se convirtieron en culto rendido a las fuerzas de la Naturaleza. Más tarde, al complicarse la estructura política de la nación, la religión fué convirtiéndose en monopolio del Estado. Con la centralización del sistema gubernamental, sobrevino también la personificación de la función política del Cielo. El emperador se convirtió en Hijo del Cielo, reinando por derecho divino y permaneciendo en calidad de único personaje cualificado para ofrecer sacrificios al Gran Antepasado Shang Ti o Señor del Cielo. Mientras tanto, el pueblo sencillo, abandonado a sus propias iniciativas, fué fabricándose su religión particular con retazos tomados al culto de la naturaleza, al Taoísmo y al Budismo. En conclusión, las fuerzas religiosas indígenas del país, más el Confucionismo y el Taoísmo, constituyen la te-

18 *The Chinese Idea of the Second Self*, Shanghai, 1929, p. 39 y pasim.—WERNER, que aparece ante el público erudito como bien versado en ciencias sociológicas, gusta de salpicar sus rotundas aseveraciones con sentencias unamunescas.

19 *History of Christian Missions in China*, Nueva York, 1929, p. 7.

20 Empleamos la traducción francesa aparecida bajo el título de *Naissance de la Chine*, 1935.

sis; el Budismo, la antítesis, mientras que ambas, por mutua reacción, han venido a producirnos la religión sintética actual”²¹.

Bastan los testimonios aducidos para que el lector pueda caer en la cuenta del prisma erróneo bajo el cual muchos sinólogos extranjeros miran los orígenes religiosos de China. A pesar de lo anticuado de muchas de las afirmaciones arriba citadas, es un hecho que ellas continúan ejerciendo su pernicioso influjo en muchas inteligencias del país, sobre todo en los sectores cultos de la población que hicieron sus estudios en los centros educativos saturados de materialismo de las Universidades europeas o americanas. Como es sabido, con la vuelta al hogar de esos “*returned students*”, la literatura del vetusto país se lanzó por nuevos y no siempre seguros derroteros. En el punto concreto que nos ocupa, el influjo ejercido por ellos fué y continúa siendo radical. Indiquemos a guisa de ejemplo algunas de sus manifestaciones peculiares.

El ataque empezó por los mismos libros de texto, ya de escuelas primarias como de Universidades y medias. Aprovechase de los manuales de Civismo (una de las pocas asignaturas que en el régimen educativo nacional guarda alguna conexión con los problemas morales), de los libros de Historia, Sociología y Biología—aun a veces de la misma literatura—para inocular en el corazón de los niños y de los adolescentes ideas erróneas sobre el origen de la religión. No hay más que recordar la popularidad que todavía gozan en las librerías chinas las traducciones de H. G. WELLS y H. W. VAN LOON, cuyas teorías sobre el particular son todo menos satisfactorias. Los manuales de Biología, con el descarnado evolucionismo de Huxley y Haeckel (dos autores muy en boga en China), les ofrecen también campo ancho para negar toda idea de creación y divinidad y para sustituir por teorías materialistas las narraciones de la Biblia. JOHN DEWEY, el pragmatista americano de nuestros días, maestro admirado de varias generaciones de China, les enseña a prescindir de la divinidad, como de instrumento anticuado de la ya semimuerta Escolástica, en sus tratados de Sociología y Ética. Sirva de modelo la siguiente típica cita, tomada de un manual de Civismo para escuelas medias:

“En la antigüedad los hombres no poseían sino una ciencia muy superficial, ni sabían cómo explicar los fenómenos natura-

²¹ *Chinese Peasant Cults*, Shanghai, 1940. La cita es un compendio de su capítulo intitulado *Religious Syncretism*, p. 179-189.

les tales como el viento, los relámpagos, la lluvia, etc. El miedo cobrado a estos fenómenos produjo en ellos la creencia en una divinidad. En aquellos tiempos la religión era todavía útil a la sociedad. Creyendo en la existencia de una divinidad que le miraba desde lo alto, el hombre no se atrevía a cometer crímenes. Pero ahora que la civilización se ha desarrollado..., la religión no es más que fuente de gastos inútiles”²².

Como se ve, en estos textos no se hace, por lo común, ninguna alusión ni refutación directa del cuadro religioso de la antigua China, tal como se nos revela en la literatura clásica del país, con un Señor Supremo al frente de todo el panteón nacional. Esa labor queda confiada a la explicación oral del maestro. El intento de los autores de manuales está plenamente obtenido con sólo probar o presentar al menos su opinión como científicamente fundada y por lo tanto de carácter general. La aplicación a China no es más que una conclusión lógica de una doctrina de extensión universal.

A este primer asalto vino pronto a añadirse la ola de lecturas de erudición popular que, en obras a veces originales, pero más frecuentemente por medio de obras traducidas de autores extranjeros, dieron a sus lectores en lenguaje sencillo y gráfico todo lo que un evolucionismo crudo propagó hace medio siglo en Europa y América. Lamark, Huxley, Dewey, Müller, Spencer, Darwin y otros de la misma cuerda son nombres que en grandes caracteres chinos y letras occidentales encabezan los volúmenes elegantemente editados por las mejores editoriales de Shanghai: “Commercial Press”, “Shih Chieh Library”, “Young China Society”, “Chung Hwa Press” y otras²³.

²² Parecidos textos pueden verse, reproducidos por WIEGER en los volúmenes ya citados de su inapreciable: *La Chine Moderne*, que en parte corre en español acomodado por S. E. MGR. ZENÓN ARÁMBURU, S. J. otros textos más han sido extractados por el *Renseignements du Bureau Sinologique* bajo el índice de *Manuels Dangereux*. La ola no ha hecho más que subir y constituye un serio peligro para el buen régimen de las escuelas católicas.

²³ He aquí, a guisa de ejemplo, algunos extractos de hombres que figuran como pensadores e intelectuales en la China de hoy. “Religio est fides quae, procedens e sentimento propriae inferioritatis, affirmat existentiam Spiritus, ut ope intuitionis et spiritualis communicationis, sibi acquirit consolationem et excitationem pro hac vita” (Shuh sin cheng). “Philosophia est scientia, scientia vero vel est fructus cogitationis vel experientiae, ideo refertur ad vitam rationalem... Religio nititur fide... sic ad maiorem partem pertinet ad vitam emotionalem” (T'u ya ch'üan). “Mythologiae et religiones primitivae nonnisi sunt manifestationes illusiones humanae et deceptiones sui... Religio (moderna) admisceet elementa mythologica ex quibus excreverunt dogmata, caerimoniae et

Esto sin tener en cuenta sino solos aquellos libros que tratan directamente del origen materialista de la religión o, como ellos prefieren decir, de la explicación científica de la misma. Porque si nos pusiéramos a incluir en la misma la serie de novelas y dramas destinados a propagar, al menos de modo velado, las mismas ideas, la lista vendría a ocupar un espacio mucho mayor. En ella las traducciones de literatura rusosoviética vendrían a ocupar un puesto preponderante. Lin Yu Tang nos dice que en breve espacio de dos años (1928-1929) se pusieron a la venta en las librerías chinas más de cien obras traducidas del ruso, sin contar a los "ases" de la literatura de aquel país: Pushkin, Tchekov, Tolstoi y Turgeniev, y sobre todo Máximo Gorki, cuyos libros han ejercido decisivo influjo en la formación literaria de Lu Hsün y otros escritores comunistas.

Huelga decir que a estos últimos les faltó tiempo para asimilarse tan nocivas ideas de sus maestros occidentales, que después se dieron a propagarlas entre sus compatriotas con entusiasmo y arrestos dignos de mejor causa. Chen Tu Hsiu, uno de los fundadores del marxismo intelectual chino, llegó a escribir que:

"las religiones no tienen ninguna utilidad como instrumentos de gobierno y de educación y que por eso hay que relegarlas al olvido como otros tantos ídolos de la antigüedad, pasados ya de moda".

"En la futura sociedad—afirmaba otro, refiriéndose a la compesta de proletarios libertados del yugo de la burguesía, en la que la productividad será elevada a su máximo—la religión no podrá hundir con su peso al hombre, sino que éste será el que con su indómito peso sojuzgue a las fuerzas de la naturaleza"²⁴.

ritus" (Fong yu law). La traducción es del P. HEINRICHS, O. F. M. (*Theses Dogmaticae*, Pekín, 1942, I, p. 117), donde se reproducen los textos chinos correspondientes.

²⁴ Algunas de estas tendencias aparecen ya en los grandes diccionarios. Así, por ejemplo, una de las enciclopedias más populares, el Tzu HAI, Shanghai, 1940, da la siguiente exégesis de la palabra Religión: "Algunos afirman que la religión tuvo su origen en el error psicológico de los pueblos. Según otros, como los hombres primitivos no distinguiesen entre seres animados e inanimados, empezaron a reverenciarlos sin distinción. Sin embargo, la explicación verdadera parece ser que los antiguos, al sentir sobre sí el peso de las calamidades naturales, empezaron a cobrarlas miedo... y a confiar en su protección". Más de un votumen de cierta colección adolece de este defecto capital. Por eso no nos atrevemos a suscribir sin restricciones el juicio del Padre O. BRIÈRE (*Renseignements du Bureau Sinologique*, 1943), dictado, si no nos equivocamos, con una excesiva benignidad y por el deseo tal vez de ensalzar el esfuerzo, que supone la empresa de editar tan hermosa colección.

Quien desee *saborear* expresiones de parecido y aun más crudo tono, no tiene más que abrir las páginas de una popularísima novela estudiantil: *Chia, Familia*, del conocido escritor soviético PA KIN. "La divinidad es una creación del hombre"; "sólo el hombre puede asegurar que no existe Dios"; "el hombre es para sí mismo su más elevada existencia"; estas y parecidas blasfemias de célebres ateos que sirven de frontispicio a la obra, son una introducción suficiente a su contenido. En efecto, ésta contiene con frecuencia doctrinas de dudosa ortodoxia moral y frases de aparente candor en las que el novelista relata sus decepciones religiosas y el modo cómo llegó a *convencerse* de que la religión es un mito del entendimiento humano, ávido de encontrar adecuada respuesta a los numerosos enigmas de la vida²⁵.

Nos es muy doloroso el constatar que los escritores protestantes chinos, cuyo influjo en el despertar intelectual de las masas es digno de todo aprecio, se han dejado en este punto arrastrar por la corriente común y no han sabido presentar el problema bajo el único punto que parecía compaginar con las creencias que profesaban.

Podríamos distinguir entre los adeptos chinos dos categorías de protestantes: los *ortodoxos*, que se adhieren a la explicación del origen de la religión transmitido por la Biblia, y los *liberales* (llamémoslos así a falta de otro vocablo mejor), que dan al origen de la misma la explicación "científica" que han bebido en manuales escritos por sus correligionarios occidentales. Tomemos como ejemplo de este último grupo (que, por cierto, cada día va aumentando más) a un escritor contemporáneo y de renombre WANG CHIH HSIN, autor de varias obras sobre el origen de la religión y problemas anexos. Establece como base científicamente comprobada de su disertación que todas las religiones del mundo han tenido que pasar por las fases de totemismo, animismo y politeísmo, antes de desembocar en el monoteísmo de las civilizaciones más desarrolladas. Así lo afirman sus maestros de Europa y América, al menos aquellos que él se ha dignado consultar, por haberlos hallado a mano en todas las bibliotecas protestantes: "bajo este respecto, China no ha podido ser excepción". Por

²⁵ Un cuadro bastante completo de la literatura marxista en China es el que el mismo P. BRIÈRE publicó en *Collectanea Commissionis Synodalis* de Pekín, 1937; cf. también los sugestivos retratos de Pa Chin, Hu shih, Lu Hsun, etc., publicados en el "Bulletin de l'Université de l'Aurore", 1943-1945.

lo tanto, su tarea, un tanto ímproba en ocasiones, por faltarle materiales con que tejer su trama con apariencias de verosimilitud, se reduce a entresacar de acá y allá, de los Libros Clásicos, de las historias dinásticas y aun del folklore moderno, afirmaciones o al menos alusiones indirectas que después tratará de encasillar en las divisiones artificiales previamente establecidas según las rígidas leyes de los etnólogos evolucionistas. De hecho, no parece preocuparse demasiado de si sus citas provienen de la dinastía Shang (XVII-XII siglo a. J.), o de la de los Han (III a. J.—III d. J.), aunque de hecho pudo separar a ambas fechas un respetable hiatus de quince siglos. Lo importante para él es el acumular citas que corroboren las premisas previamente establecidas²⁶.

Para que la opinión nacional resultase en cierto sentido unánime, era preciso se añadiese al coro la voz de los intelectuales más destacados del país. No tardaron en hacerlo con sus autorizadas afirmaciones, que son índice del ambiente cultural que se respira en importantes sectores de la intelectualidad china moderna.

Uno de sus primeros y más renombrados exponentes, LIANG CHI CHAO, no ha sido constante en sus teorías sobre el origen de la religión, atribuyéndola, ya a uno, ya a otro factor inmediato. Con todo, en medio de tales discrepancias aparentes, conserva cierta uniformidad al asignarle una causa material y meramente humana²⁷.

Más explícitas son las aseveraciones de TSAI YUAN PEI, alma del movimiento escolar y universitario de la joven China e iniciador de su legislación educativa arreligiosa. El insigne educador pretende sustituir a la religión por el arte, el cual, además de satisfacer todos los anhelos del alma, está libre, según él, de los prejuicios dogmáticos y de las discordias doctrinales que infaliblemente acompañan la marcha de las religiones. Por lo demás, sabido es, dice, cuál fué el origen primitivo de la religión: en los comienzos del género humano, cuando la ciencia del hombre era casi nula, el pobre mortal quiso explicar con argumentos trascendentes todos aquellos fenómenos que no alcanzaba a comprender. Así quiso hallar

²⁶ Wang Chih Hsin, en su obra publicada en Shanghai, 1938. Unos años antes el autor publicaba otro libro sobre la misma materia. Sólo que entonces sacaba conclusiones opuestas. Parece que la lectura de nuevos autores de Historia Comparada de las Religiones le "han abierto los ojos" y obligado a cambiar de teoría.

²⁷ Cf. su obra *Chinese Legal Philosophy* (trad. inglesa, Shanghai, 1930), apéndice primero: *Primitive Religion*.

en un Espíritu superior al mundo la razón de ser de todas las cosas: los indios, en Brahma; los chinos, en Panku, y los cristianos, en Dios. Las creencias, a su vez engendraron los ritos, y a éstos acompañaron los ornamentos y las imágenes. En otras palabras, antes como ahora, el atractivo que ejerce la religión es el arte que encierra en su culto²⁸.

Pero nadie ha emitido su opinión con la nitidez de HU SHIH, eminente personalidad en el campo de la cultura china moderna y el más ilustre tal vez del trío cuyas figuras acabamos de esbozar. Sus palabras tienen, además, la ventaja de referirse explícitamente a los orígenes mismos del pueblo chino.

“En la antigua China, escribe, el medio ambiente produjo un pueblo trabajador, de vida sencilla y poco dado a la especulación metafísica. Aquellos hombres no tenían tiempo para divagar sobre la conducta de los dioses ni para entretenerse en describir con frases efusivas la maravillosa benevolencia del cielo, benevolencia de la que nunca lograban disfrutar. Tenían una religión sencilla que consistía principalmente en la reverencia a los antepasados, en la creencia de los espíritus, en la adoración de un Supremo Señor (*probablemente evolución del culto a las fuerzas de la naturaleza*), y finalmente una creencia ciega en las artes adivinatorias. A esto añadieron las ideas del castigo del mal y de la retribución del bien. En su mundo religioso no existían cielo, ni infierno, ni vida futura. Contentábanse con creer en la perpetuación de la vida familiar, y esto probablemente por razones económicas.”

* * *

A todos estos enunciados, que son, en boca de nuestros oponentes, diferentes de los que comúnmente se daba al origen de la religión, ¿qué respuesta adecuada podemos ofrecer? ¿Han logrado estas teorías desbancar de una vez para siempre las anticuadas explicaciones suscitadas para el caso concreto de China por Ricci y defendidas con tanto tesón por los misioneros católicos más no pocos adeptos de la ortodoxia protestante?

Volvamos a formular la objeción fundamental tomada del estudio de las religiones comparadas: los recientes descubrimientos de la Etnología religiosa y las conclusiones de la Historia Comparada de las religiones *han venido a demostrar* que la primitiva religión de cualquier pueblo dado, antiguo o actual, ha sido de un tipo inferior (animismo, totemismo, ma-

²⁸ WIEGER en *La Chine Moderne*. Murió en 1942.

gia, etc.), y que, por lo tanto, el monoteísmo no ha podido ser entre tales razas sino una creencia históricamente posterior y una evolución de alguna de aquéllas. Aplicando el método a China, *deberemos hallar* en los oscuros orígenes de su prehistoria un culto animista o ancestral, que paulatinamente va evolucionando hasta revestir las formas de un velado monoteísmo antropomórfico, tal como se nos revela en los primeros capítulos de los Libros Clásicos.

No es preciso insistir en la importancia de salir al paso a esta objeción capital. Porque si llegamos a demostrar que las premisas en que se basan sus argumentos están en pugna con la opinión de los etnólogos más autorizados del mundo y con los descubrimientos modernos llevados a cabo por especialistas de variadísimo matiz religioso, nuestros sinólogos evolucionistas se verán privados del apoyo principal en que fundaban sus posteriores concepciones y en general todo el edificio religioso de la China primitiva.

En esta labor, delicada y ardua por una parte, pero altamente esperanzadora por otra, nuestro guía será el ya citado P. WILLIAM SCHMIDT, S. V. D., quien con su escuela de Etnología histórica de ciclos culturales, y gracias a una constancia inquebrantable, fundada en métodos estrictamente científicos, ha revolucionado en pocos decenios el mundo de la Etnología religiosa. Personalidad de primer orden en el mundo de la ciencia, fundador de la gran revista plurilingüe "Anthropos", director del Museo etnológico de Letrán, alma de los Congresos de Etnología católica y miembro de las principales Academias científicas de Europa, el P. Schmidt cuenta entre uno de sus grandes méritos el de haber despertado en los sectores católicos (principalmente de misioneros) un ansia creciente de estudiar y catalogar los hechos religiosos de las razas primitivas y el folklore de muchos pueblos apenas conocidos. Los vastos conocimientos adquiridos en sus expediciones por apartadísimos países de la tierra le han permitido elaborar una síntesis y formar un cuerpo arquitectónico de sólida doctrina que apenas encuentra paralelo entre sus contemporáneos. El método iniciado por él (y continuado con brillantez por el nutrido equipo de etnólogos salidos de su escuela o por otros independientes, como el P. Pinard de la Boullaye) ha servido también para arrebatar a los enemigos de la Iglesia las posiciones avanzadas desde las cuales pensaban derrumbar la tesis católica del origen de las religiones. Hoy día el nombre del ilustre sabio ha cruzado las fronteras, formando una escuela a la que no han dudado adherirse ni siquiera aquellos

autores que discrepaban diametralmente de él en materias doctrinales, y es citado como autoridad en todo el campo de la Etnología religiosa²⁹.

Viniendo, pues, a nuestros sinólogos evolucionistas. Si bien nos fijamos en su modo de razonar, veremos que en la mayoría de los casos el objetivo que persiguen es hallar cuál fué la religión absolutamente primitiva de los chinos, para subir por sucesivos y bien escalonados peldaños hasta lo que llaman "el apogeo religioso de la China Clásica" (dinastía Chou, siglos II-III a. J.), y descender más tarde al maremágnum de creencias y prácticas religiosas que forman la base del credo chino actual.

Bien ven ellos que la primera parte de su intento—el dar con la religión absolutamente primitiva de los chinos—no lo pueden descubrir en los textos de los Libros Clásicos ni en las inscripciones óseas de la dinastía Shang. La razón es obvia: las capas culturales que se nos revelan en ambos documentos pertenecen a una época de progreso y de fusión muy superior al de las razas clasificadas hoy de primitivas (recuérdense la cerámica y los bronceos de los Shang, la arquitectura de sus templos y ciudades imperiales, las composiciones líricas del Libro de la Poesía, etc.), y en consecuencia, están muy lejos de ser un reflejo fiel de lo que fué el primitivo pueblo chino.

Pero—y aquí aparece el primer desliz de nuestros sinólogos—ese enigma tampoco se resuelve con barajar diestramente una serie de aforismos o hipótesis gratuitas, al estilo de muchos hombres de ciencia modernos. La Etnología de izquierdas ha perdido mucho crédito para que podamos fiarnos de solas afirmaciones que no vengan avaladas por los hechos. Y ciertamente más de un científico moderno de Europa y América leerá con una sonrisa de compasión las anticuadas afirmaciones de sus partidarios de la Celeste República, afirmaciones que allí no hay quien se atreva a defenderlas con seriedad por hallarse en pugna con investigaciones más recientes y verificadas³⁰.

²⁹ Cf. en PINARD DE LA BOULLAYE, I, p. 434, algunos de los juicios encomiásticos que se le han tributado y también parte de la bibliografía. La sinceridad de los elogios es tanto más apreciable cuanto que muchos provienen de científicos que disienten de su opinión en más de un punto, como sucede aun al mismo P. Pinard.

³⁰ Cada nuevo estudio hecho a conciencia entre alguna tribu primitiva ha sido un nuevo mentís a las apriorísticas afirmaciones con que los evolucionistas deleitaban los oídos de sus admiradores. "Hace cin-

Los defensores de la evolución religiosa en China parten del postulado de que sus primeros pobladores—llamáranse Homo Pekinensis o de otro modo—evolucionaron de un estado de bestialidad al de un sér capaz de ejercer su pensamiento racional y causal y que, consiguientemente, en aquella época estaban desprovistos todavía de toda idea religiosa. Nos hallamos en presencia de los famosos “hombres” que carecían de la facultad de lenguaje, “homo alalus” de Haeckel, “semi-erguidos, de enormes cerebros y de hábiles manos, que se comunicaban entre sí por medio de gruñidos, ayudados de gestos y muecas”.

¿Qué tiene que responder a esto la verdadera ciencia etnológica? Que, una vez más, no se trata sino de extraños seres producidos por calenturientos cerebros de evolucionistas, seres que la verdadera ciencia ha sido incapaz de encontrar aun entre las razas más retrógradas de la tierra. Nada tiene, pues, de extraño que las descabelladas hipótesis fuesen de corta duración, y apenas dejaran huella visible en el mundo de las ciencias. En efecto, a la teoría de FRANKE, según el cual el hombre de los glaciares carecía de la facultad de hablar, ya que su barbilla se hallaba todavía poco desarrollada, y que los del período de St. Acheul no poseían más que sonidos labiales, que en la época musteriense se enriquecieron con los dentales y en el de Aurignac con los guturales, se ha podido responder con ejemplares australianos de primitivos actuales, quienes, no obstante sus características neandertaloides, tienen perfecto dominio del lenguaje y muestran suficientemente desarrolladas las fosas genioglosales.

“Hoy día—escribe el P. SCHMIDT—podemos rechazar esta teoría con tanta mayor razón cuanto que hemos hallado el lenguaje humano perfectamente desarrollado con labiales, guturales y dentales entre los pueblos primitivos que han llegado a nuestro conocimiento, a pesar de que muchos de ellos muestran características bien marcadas de los períodos “chelleano, musteriense y acheulleano) y que, por de pronto, son anteriores a los seres humanos anteriores a la Edad de Piedra... Más aún, en este perfo-

cuenta años, escribe MGR. ROY, se suponía científicamente probada la existencia de numerosos pueblos desprovistos de toda religión; sólo que más tarde esa misma ciencia, mejor informada, admitía que nunca ha habido probablemente pueblos del todo ateos. Algunos años después, la Ciencia volvió a averiguar y hallar que al menos la religión de las razas inferiores se reducía a un grosero fetichismo y en modo alguno contenía ideas de un Supremo Dios, ni de una moral religiosa, ni de una organización cultural definida. Sino que, de nuevo, esa misma ciencia llegó a constatar la existencia de todos esos elementos” (*Semaine d'Ethnologie Religieuse*, 1912, p. 312).

do cronológicamente tan retrasado encontramos entre tales razas mitos y tradiciones orales que por la belleza de su descripción, su profunda compenetración con la naturaleza y su capacidad para dar cabida a pensamientos grandiosos, pueden muy bien considerarse como preludios de las obras maestras de la literatura mundial”³¹.

No tenemos razones convincentes para suponer que los primitivos chinos fuesen una triste excepción a esta ley universal—la única verificada “experimentalmente”—; al menos éstas no nos autorizan para lanzar tales afirmaciones.

“El hombre prehistórico—anotaba otro gran etnólogo, el Padre F. BOUVIER, S. J.—a juzgar por los instrumentos y restos que nos ha legado..., no pudo ser el hombre medio estúpido, ni siquiera el soñador asustadizo, *timens ac tremens*, que se ha forjado la imaginación de algunos hierólogos. Desde el momento en que podemos reconocer sus huellas, se presenta a nuestra vista como un rudo trabajador, capaz de razonar sobre los principios y la utilidad de las cosas... y suficientemente dotado para subir de la contemplación de los objetos que le rodean a la noción de su autor”³².

Por otra parte, la hipótesis de Luback sobre la arreligiosidad de algunos pueblos primitivos—teoría que, al parecer, admite sin dificultad más de uno de nuestros sinólogos—quedó hace tiempo refutada a medida que progresaban los estudios etnológicos. Pueblos catalogados por él de ateos, se revelaron a los ojos de investigadores más pacientes y perspicaces poseedores de una riqueza insospechada de creencias religiosas. Los Veddás de Ceilán—entre los cuales y un hombre civilizado actual habría, según Haeckel, más distancia que entre un

31 SCHMIDT, *European Civilization* (Oxford University), 1936, c. III, *Language*, p. 53.—Conviene también recordar a este propósito las reconstrucciones “artísticas” (el adjetivo es del mismo Schmidt) que de las calaveras neardentalenses hizo el famoso profesor BOULE, por las que deducía que aquel primitivo carecía de posición erguida y era naturalmente incapaz de expresarse por medio del lenguaje. (Cf. IBERO, *Orígenes de la Humanidad*, Madrid, 1934, p. 68-70).—De los mismos principios evolucionistas han solido deducir la promiscuidad sin freno en que vivían los pobres salvajes. De esta última opinión afirma Pinard que es una de las menos científicas que el sabio se ha permitido formular en el campo de la Sociología. (Cf. II, p. 213.)

32 Recherches des Sciences Religieuses, 1911, p. 97.—Aun el mismo LEVY-BRUHL, el incansable propagandista del prelogismo, se ve obligado a afirmar que: “no hay grupo de tan baja cultura en el que no hallemos alguna invención, proceso industrial o fabricación que admirar”. De donde concluye F. RADIN: “los primitivos son tan lógicos como nosotros. No hay indicio de que entre su naturaleza y la nuestra haya diferencia alguna fundamental.” (ib. p. 223).

Vedda y un mono o un perro—resultaron estar en posesión de creencias elevadísimas y de un monoteísmo bastante puro. Las observaciones de ShreLOW sobre los Aruntas de Australia desmintieron asimismo las afirmaciones demasiado precipitadas de Spencer y Guillén, y los trabajos de Köppers entre los Yaganes de la América del Sur disiparon de una vez para siempre las falsificaciones esparcidas por Darwin y Frazer³³.

Un nuevo postulado muy común entre los etnólogos evolucionistas y admitido—al menos implícitamente por sus partidarios sinólogos—es el de suponer que una cultura material inferior implica necesariamente y es índice de una religión retrasada y bárbara.

Teóricamente y *a priori* no se ve por qué indefectiblemente haya de ser así. Rousseau opinaba que el progreso cultural pervertía al hombre. Y ciertamente, si ponemos los ojos en algunos pueblos actuales de refinadísima civilización, y pensamos por otra en el cúmulo de aberraciones doctrinales que profesan o su ansia por volver al culto de las forestas, al tatuaje y a la magia, con las cuales pretenden sustituir sus antiguas creencias cristianas, tampoco nos sentiremos tentados de apoyar el aforismo.

Pero, a fin de cuentas, aquí no se trata de teorías, sino de hechos, y éstos militan absolutamente en nuestro favor. Existen hoy día pueblos de cultura material muy rudimentaria, equivalente a la de los hombres de la Edad de Piedra, y al mismo tiempo de ideal moral muy elevado y creencias religiosas indiscutiblemente superiores. Tendremos ocasión de comprobarlo con múltiples ejemplos al tratar de las razas primitivas colindantes con la Celeste República.

En las primeras fases históricas en las que sorprendemos al pueblo chino, éste se nos presenta eminentemente religioso. Es un hecho admitido por todos. Sin embargo, a los ojos de un observador superficial, su vida toda aparece flotante en un piélago de prácticas supersticiosas animistas y en un culto bastante desarrollado de los antepasados. Es lo único que han logrado descubrir en aquellas edades De Groot y su escuela. Pero, ¿estamos autorizados, por ese solo fenómeno, a concluir que ésas fueron las creencias primitivas de los chinos? No, y por dos razones distintas. Es preciso, ante todo, someter los hechos a nuevo examen y determinar si tales creencias constituyen el estadio absolutamente primitivo de

³³ Véanse, por ejemplo, en VACANT, DTC, ar. cit., las etapas, a veces dramáticas, de estos descubrimientos, en los que los partidarios del evolucionismo no hacían más que perder batallas difícilmente ganadas.

la religión china o si se trata más bien de degradaciones sufridas por una fe más pura, que en el caso sería la original. Pero, aun prescindiendo de lo dicho, y tomando en cuenta solamente las características de la religión china tal y como se nos revela en los primeros documentos literarios, la conclusión de los sinólogos evolucionistas es prematura. Supongamos—y la hipótesis no es descabellada, puesto que se verifica a la letra en no pocas razas primitivas actuales—que, por encima de todos esos espíritus inferiores, ancestrales o animistas, reconocen los chinos de la época clásica a un Supremo Señor que manda sobre todos ellos y les comunica limitado poder, un Sér al que asignan prácticamente todos los atributos de un verdadero Dios, y entonces sus hipótesis caen por tierra por muchos visos de científicas y comprobadas con que aparezcan.

Tampoco basta tener en cuenta, como lo pretenden De Groot, Reville, Day y otros, las características religiosas del pueblo chino actual para adivinar cuáles fueron las primitivas creencias del habitante chino que primero habitó sus llanuras. Tomada con esta amplitud, la pretensión es demasiado audaz. La historia comparada de las Religiones nos enseña que las creencias de los pueblos no permanecen estáticas, sino que se hallan sometidas a las corrientes de otras razas colindantes y a las convulsiones históricas de las respectivas edades. Es obvio, pues, que la religión china actual—aun admitiendo los profundos gérmenes de estabilidad de que en todos los órdenes han dado pruebas los celestes—ha tenido que sufrir profundas modificaciones al ponerse en contacto con religiones tan arrolladoras como el Budismo y el Taoísmo, cuya aparición trajo consigo consecuencias verdaderamente revolucionarias al país. Puede asimismo haber en la actualidad prácticas absolutamente ignoradas por los primitivos chinos. El método de razonar es, por lo tanto, defectuoso y falaz.

¿Serán al menos el animismo y el manismo los fundamentos de la religión de los primitivos, y, por lo tanto, de los primeros habitantes de China, como lo pretende un compacto grupo de sinólogos ya citados? Hubo, es verdad, épocas en que la teoría animista iniciada por Taylor estuvo muy en boga, y aun hoy día son numerosos los etnólogos de segundo y tercer orden que continúan defendiéndolo con toda seriedad. No obstante este partido de oposición, creemos que los estudios de Jastrow, W. Schmidt, Graebner y sobre todo de A. Lang (partidario antes acérrimo de la teoría animista, a quien después sus investigaciones con los aborígenes australianos le hicie-

ron cambiar de opinión y convertirlo en enemigo declarado del animismo) han zanjado de una vez para siempre la cuestión. Su refutación, presentada en líneas esquemáticas, se basa en los siguientes hechos, confirmados por diversos autores: 1), el animismo se encuentra de hecho en muy pocas razas primitivas; 2), esas tribus donde existe pertenecen no a estadios primitivos, sino a ciclos más evolucionados; 3), no se *animan* todos los seres de la Naturaleza (como pretenden los animistas), sino sólo algunos; 4), en esos mismos pueblos el animismo puede y debe explicarse como una corrupción de la idea teísta³⁴.

Tampoco son más sólidos los fundamentos de la teoría manista. Así lo afirma taxativamente el P. SCHMIDT:

"El hecho capital respecto a esta teoría es que en las razas más primitivas el culto a los antepasados aparece muy poco desarrollado, mientras que en sus prácticas aparece en toda nitidez el culto al Supremo Señor. Por otra parte, es casi imposible derivar la mayoría de las divinidades naturistas del culto a los antepasados. Los mismos indígenas hacen de ordinario distinción clara entre ambas categorías. El culto intenso a los antepasados pertenece a una época más reciente y va acompañado de una neta diferenciación entre ellos y las divinidades, con subordinación de los primeros a los segundos. Además, el culto aparece geográficamente demasiado limitado para que se le pueda adjudicar el puesto fundamental que Spenser le quería atribuir"³⁵.

Finalmente, los críticos han hallado demasiadas deficiencias, contradicciones y apriorismos en el sociologismo de Durkheim. Ante todo, el número de razas sometidas por él a examen es demasiado reducido y no basta para deducir las conclusiones generales que le adjudica su autor. Pero, lo que es peor, Durkheim interpreta los hechos bajo el prisma de-

³⁴ *The Study of Religion*, 1901, p. 182-184. M. MARSOT en el *Dictionnaire de Sociologie*, I, p. 841, insiste mucho en la incapacidad del sentimiento animista para dar origen a cualquier religión, y más a la monoteísta. "Il ne suffit pas à un être quelque chose pour provoquer l'admiration et devenir l'objet du culte, d'être animé. Il lui faut en outre, affirmer une puissance, une domination vis-à-vis desquelles on se sent positivement lié et subordonné. Or, cette idée de puissance et de domination débordé manifestement le concept d'animisme."

³⁵ SCHMIDT-LEMONNYER, o. c., p. 217. Así se ha contestado científicamente, y tras largas encuestas que abarcan la mayoría de las razas primitivas existentes, a la solemne aseveración de SPENCER: "Si tomamos el culto a los antepasados en su sentido más amplio, es decir, como el culto a los muertos en general, se trate o no de gentes de la misma sangre, estamos autorizados para concluir que el culto a los antepasados es la raíz común de donde derivan todas las religiones" (*Principles of Sociology*, I, c. 25).

formador de ideas religiosas preconcebidas y en extremo avanzadas. "Durkheim, se ha dicho muy bien, tortura a sus testigos para arrancarles confesiones contrarias a sus pensamientos". O como le acusaba el mismo Loisy: "Durkheim no construye una ciencia de la religión y de la sociedad, sino una metafísica de ambas"³⁶. Por lo demás, el influjo de este etnólogo entre los sinólogos que han tratado del origen de la religión china, ha sido, fuera tal vez del caso de Granet, bastante limitado. Diríase que sus disquisiciones metafísicas no ejercen atractivo especial para los entendimientos más prácticos y terreros de sabios chinos formados en escuelas inglesas o americanas.

* * *

En resumidas cuentas, que ninguna de las hipótesis propuestas por los partidarios de la evolución religiosa ha podido resistir los argumentos de una crítica bien razonada. Uno por uno, cual frágiles castillos de naipes, han ido cayendo por tierra los sistemas sobre los cuales se pensaba construir el tan decantado edificio de la evolución religiosa universal. Por el contrario, el concienzudo examen de las razas primitivas existentes en la actualidad—trabajo en el que han gastado sus energías etnólogos de fama universal—ha podido constatar que prácticamente todas esas razas conservan entre sus creencias religiosas la fe en el Supremo Señor, cuyo culto viene a constituir en muchos de los casos el centro de su vida religiosa. Este admirable hallazgo deberá sin duda contarse como uno de los descubrimientos fundamentales del siglo XX en el campo de las ciencias religiosas. He aquí las palabras mismas de algunos grandes etnólogos de hoy día:

"Hubo un tiempo—decía SWANTON, en su discurso inaugural de antropología en los Estados Unidos—en que se creía que el politeísmo había sido la religión primitiva original; pero hoy la opinión contraria es la común entre los científicos"³⁷.

"Una encuesta progresiva entre las razas más retrasadas de la humanidad tiende a demostrar—leemos en la *Encyclopedia of*

³⁶ Sobre las teorías de Durkheim escribe con su habitual competencia PINARD DE LA BOULLAYE, I, c. IX, a. II y III, c. VIII, a. I.—Cf. también dos documentados artículos de PIERRE CHARLES, S. J., contra su discípulo Leyv-Bruhl en "Nouvelle Revue Theologique", 1933. Los mejores etnólogos modernos rechazan el Sociologismo como explicación adecuada del origen de la religión. R. Lowie lo calificaba de falso, "beyond the possibility of doubt".

³⁷ Cf. también Pinard, II, p. 224.

Religions and Ethics (HASTINGS, protestante)—que en medio de los mitos más ridículos... existe invariablemente entre ellas una concepción elevada, bien que confusa, de un Sér que es autor de todas las cosas y guardián de la conducta moral de los hombres" ³⁸.

"Todos los sabios que han estudiado de cerca esta divinidad (el Sér Supremo)—escribe TH. PREUSS, profesor y director del museo etnológico de Berlín—, reconocen unánimemente que su aparición no se nos presenta como el término de un proceso evolutivo, sino que puede ser muy bien una creación precoz. De hecho, hay casos en los que nada descubrimos fuera de esta divinidad" ³⁹.

"Entre los primitivos actuales—concluye el DR. SCHIESER utilizando los últimos datos de Etnología—la creencia monoteísta se encuentra tanto más pura cuanto más primitivo es su estado cultural" ⁴⁰.

Y a la misma opinión, con variantes que no alteran la tesis general, se adhieren otros muchos etnólogos de reconocida autoridad, de ideologías religiosas muy diversas, entre otros: J. H. Leuba, N. W. Thomas, A. Bross, Mgr. le Roy, K. Oesterreich, Montaubon, P. Koppers, P. Schebesta, Trilles, B. Ankermann, R. H. Lewis, Pinard de la Boullaye, Tastevin, P. Radin, Fr. Heiler y Graebner.

"Esta larga lista de autores—comenta el P. SCHMIDT al hacer una recensión semejante—atestigua que la cuestión del Supremo Señor entre las razas primitivas ha franqueado fronteras de las contradicciones radicales y de las desdenosas pretericiones para penetrar en el apacible campo de una serena consideración y de un examen objetivo de los hechos. Hoy día no hay especialista digno de tal nombre que niegue la presencia ni la originalidad de este Supremo Sér. Con frecuencia se reconoce también su arcaísmo etnológico, y por de pronto, nadie se atreve a negarlo categóricamente" ⁴¹.

³⁸ Vol. IV, palabra "Creation".

³⁹ Citado por DESCOCQS, *Theodicea*, I, 680.

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ SCHMIDT-LEMONNYER, o. c. Algunos de los etnólogos arriba mencionados (Leuba, Radin, Goldenweiser para las tribus de la América del Norte, Koppers y otros religiosos del Verbo Divino para la parte meridional) han llegado a esta misma conclusión. A. Lang, Howit, Wintius y otros han puesto de relieve la religiosidad de las primitivas tribus australianas. Para los primitivos africanos, bástenos transcribir las siguientes líneas con que un misionero de la Congregación del Espíritu Santo resumía en "Revue d'Histoire des Missions", 1938, el resultado de sus exploraciones por el continente africano: "Está de moda el tratar a los negros africanos de fetichistas, animistas y aun de politeístas. Por lo que a mí toca, creo que todos esos epítetos son inmerecidos... Todas las tribus que yo he podido examinar, unas cuarenta, me han parecido fran-

"Y es que las teorías contrarias han fracasado científicamente en su intento de explicar los orígenes religiosos de la humanidad. Estamos autorizados para excluir toda una serie de hipótesis relativas al origen de la noción del Sér Supremo y de la institución religiosa cuyo centro está en la vida de las razas primitivas. Por confesión de los autores de dichas teorías, deberíamos concebir la noción de ese Supremo Sér bajo la forma de una lenta elaboración, llámese ésta mitología, fetichismo, magia, totemismo o animismo. Ahora bien, en los pueblos más primitivos que conocemos, tal evolución no tiene lugar. Por el contrario, los elementos que en los pueblos más arcaicos—en la hipótesis de los adversarios—hubiesen tenido que proceder a la aparición del Supremo Señor, o faltan en absoluto, o se hallan muy poco desarrollados" 42.

¿Cómo explicar entonces la aparición de esos elementos politeístas, perturbadores de la límpida noción del Supremo Sér? Sencillamente, como corrupciones de aquella idea pura de Dios que El mismo imprimió en el corazón del primer hom-

camente monoteístas. La mayoría de ellas nada presenta que pueda til darse de fetichismo... Los nombres divinos que el primitivo invoca, sus proverbios, las amonestaciones hechas a los delincuentes en nombre de la justicia divina..., son otras tantas pruebas que me parecen establecer que la única palabra que conviene a la religión de los Vak-va-my-ama y a sus hermanos de lengua bantú es la de monoteísta" (P. TAVESTIN, profesor del Inst. Cath., de París).

42 Para terminar, he aquí las conclusiones que del estudio de los mejores etnólogos católicos, y sobre todo del P. Schmidt, ha sacado uno de sus fervientes admiradores, el profesor RABEAU:

1) Entre las culturas todavía existentes en el siglo XX puede desgajarse una, apreciable por sus características bien definidas, que representa el período más antiguo de la Humanidad al que etnológicamente podemos subir.

2) Esa cultura corresponde a aquella que en la prehistoria precedió a la más antigua de las conocidas, la cultura del sílex trabajado.

3) Los hombres de esa cultura adoran a un Dios único, espiritual y creador..., como a padre muy bueno y con sentimientos de profunda piedad; de donde debemos concluir que la primitiva Humanidad tenía experiencias religiosas en el pleno sentido que ahora damos a esta palabra.

4) Esas mismas tribus practican una moral que tiene a Dios por legislador y remunerador.

5) Por lo tanto, debemos afirmar que el Supremo Señor de los primitivos poseía los atributos del Dios del pensamiento especulativo, del de la tradición y del de la experiencia religiosa..., que en el fondo no hay más que una idea de Dios, y que ésta coincide con la que se forman los cristianos.

6) Por lo tanto, la ley de la "entropía social", según la cual la espiritualidad decrece a la misma medida que el aumento de goces mundanos, nos permite concluir que el monoteísmo fué la religión de los orígenes de la Humanidad y que aquellas épocas debieron conocer un monoteísmo más puro aún que el de nuestros primitivos actuales. (Cf. su obra: *Dieu*, París, 1930, p. 33-36.)

bre al crearlo a su imagen y semejanza. El politeísmo no pudo proceder del monoteísmo sino como el error procede de la verdad, por vía de negación y olvido: "propter ignorantiam veri Dei, dice el Doctor Angélico, cuius excellentiam homines non considerantes, quibusdam creaturis propter pulchritudinem seu virtutem, divinitatis cultum exhibuerunt"⁴³. O como escribe MGR. FREPPEL: "cuando la idea de un Sér Supremo quedó alterada en la mente de los hombres, éstos cesaron de concentrar en él su atención para repartirla entre otras muchas divinidades inferiores. Así nacieron el panteísmo naturalista, el antropomorfismo y la idolatría"⁴⁴.

Y el P. Schmidt es de opinión de que este fenómeno puede probarse aun en el campo rigurosamente científico, al menos por lo que se refiere a bastantes pueblos que han traspasado ya los umbrales de la cultura primitiva. Tal es también la conclusión a la que ha llegado en sus investigaciones arqueológicas el DR. LANGDON, profesor de Asiriología en Oxford y una de las más competentes autoridades actuales en inscripciones cuneiformes y en prehistoria del Próximo Oriente. Las afirmaciones del gran "scholar" inglés fueron de capital interés para el estudio de la prehistoria bíblica y aun lograron echar por tierra inveterados prejuicios que se aceptaban con toda naturalidad entre los seguidores de la escuela racionalista.

"La prueba que aduzco—escribe el eminente arqueólogo—y las razones con que apoyo mi opinión, tan opuesta a otros puntos de vista adoptados sin dificultad, han sido establecidas con el mayor cuidado y teniendo en cuenta los argumentos de la crítica adversa. Afirmino, pues, con la más profunda convicción, que mi conclusión ha sido determinada únicamente por el estudio serio de los hechos, y en modo alguno temerariamente". Y, ¿cuál es su conclusión? "*Según mi parecer, la historia de la primitiva religión del hombre nos revela el rápido descenso del monoteísmo a un extremado politeísmo y a una extensión de la creencia al culto de los maléficos espíritus. Es en realidad de verdad la historia de la caída del primer hombre*"⁴⁵.

* * *

Y baste lo dicho para nuestro intento de poner en relieve la inconsistencia doctrinal en que basan nuestros adversarios

⁴³ 2.2.

⁴⁴ DTC, palabra "Idolatrie". Según opinión de muchos escritores del siglo XVIII, el origen de la idolatría sería bastante diferente.

⁴⁵ Citado por R. H. MATHEWS en su folleto: *An Examination of the Terms used for God in Chinese*, 1938, p. 5. ¿Adquirió el primitivo este

sus teorías evolucionistas de la religión china. Se habrá notado que nuestra posición ha sido meramente defensiva. A sus argumentos, basados en apriorismos o apoyados en una ciencia etnológica que va pasando de moda, hemos querido responder con pruebas tomadas de etnólogos de fama universal cuyo nombre hace autoridad en la materia.

¿Será posible avanzar un paso más y presentarles batalla en el campo mismo de las ciencias positivas? En otras palabras, ¿podrá la ciencia etnológico-religiosa, aplicando a la Celeste República el método de sus ciclos culturales u otro parecido, resolvernó satisfactoriamente los principales datos del presente problema?

Debemos confesar que, hablando con todo rigor, y en el estado rudimentario en que se hallan las ciencias etnológicas en este país, todavía no. Como indicamos más arriba, las capas culturales de la China neolítica que se nos revelan en las inscripciones óseas de Honan, son infinitamente más desarrolladas que las de otros pueblos primitivos actualmente existentes. Por otra parte, los dos únicos caminos etnológicos que, según nuestra humilde opinión, podrían tomarse, apenas si están desbrozados aún. Así que no se tomen las soluciones que vamos a proponer sino como meras indicaciones fragmentarias o a lo más como ensayos aproximativos que algún día tal vez puedan ser de utilidad a los que quieran adentrarse en el estudio de los orígenes religiosos del pueblo chino.

El primer método consistirá en examinar la cultura y las creencias religiosas de las razas aborígenes del país y en buscar las relaciones que existieron entre ellas y los primitivos habitantes del Celeste Imperio. La fe religiosa de esos pueblos de estancada cultura podría ser un indicio bastante seguro para discernir la naturaleza de las creencias de los primitivos chinos.

Como es sabido, porciones considerables de las actuales provincias de Yünnan, Kweichow, Szechuan, Kwangsi y Kwantong, están pobladas por grupos étnicos de cultura mucho más retrasada que la de los chinos. Para más de un autor ellos re-

conocimiento por la mera contemplación de las maravillas del mundo "ex his quae facta sunt", o son esas creencias restos de la primitiva revelación hecha al hombre en el Paraíso terrenal y transmitida a través de las generaciones? Los autores no coinciden. Cf. LAGRANGE, *Les Religions Sémitiques*, p. 2-3; DE BROGLIE, *Histoire des Religions*, p. 81; SCHMIDT-LEMONNYER, o. c., p. 353, etc. El P. MAINAGE, O. P., asevera que no aparecen entre los primitivos modernos indicios suficientes para que sosten-gamos que se trata de reliquias de una primitiva revelación. Parecida es la conclusión de PINARD, aunque enunciada en tonos más modestos.

presentan restos de la raza que primero habitó el suelo de China. Hay quienes los consideran como un tronco común sin más diferencia que la de haber quedado retrasados culturalmente y relegados poco a poco por razas superiores a los rincones más inaccesibles del imperio. Los grupos principales son los de los Lo-los, que habitan extensas franjas de las provincias occidentales del Sur, y que son, si hemos de dar crédito a las descripciones de algunos viajeros, los orientales que por su talla y facciones más se acercan al tipo occidental; los Yao, que pueblan regiones anamitas colindantes con China y partes del Yünnan, Kwangsi, Kweichow y Kwangton, tipos de talla superior a la mediana, color bronceo, frente ancha y corrida y ojos menos oblicuos que los de los chinos; los Loi o habitantes de la remota isla de Hainan, que, ocultos entre solitarias montañas, conservan todavía su independencia política junto con un folklore riquísimo y de antigüedad considerable; y por fin, los Miao, que aproximadamente ocupan el mismo territorio de los Yao, aunque sin mezclarse con ellos en su vida social.

Etnológicamente los aborígenes continúan siendo para nosotros un enigma. Ni su punto de origen, ni los desplazamientos sucesivos nos son conocidos con certeza histórica, sino solamente a través de sus leyendas. De las alusiones de los Libros Clásicos sólo podemos deducir que ya en el segundo milenario antes de nuestra era, y probablemente aun en fecha anterior, algunas de las tribus estaban firmemente establecidas dentro del territorio chino y que con sus insurrecciones fueron causa de que la joven raza china, ardiente y enemiga de rivalidades, organizase contra ellas expediciones punitivas que las obligaron a retroceder a las provincias meridionales.

Considerados como bárbaros por los historiadores chinos, y tratados como "chacales o hienas" por Confucio y Mencio, estos aborígenes han vivido durante cuarenta siglos al margen prácticamente de la civilización nacional, la cual, aun en los períodos más gloriosos de su historia, en que irradiaba sus rayos de esplendor a Oriente y Occidente, nunca tuvo una mirada de benevolencia para aquellas gentes, que fueron tal vez los primeros habitantes de su territorio.

Desde el punto de vista religioso, sus creencias van revelándonos a medida que progresan los estudios acerca de su vida y tradiciones. En nuestras páginas debemos por de pronto relegar al olvido todo un farrago de relaciones escritas por viajeros superficiales que no tuvieron tiempo para entablar contacto directo con los habitantes. Según algunos de ellos, los

aborígenes constituirían una raza exenta de todo culto y sin ninguna divinidad a la que adoren. Otros, en cambio, nos los describen como empapados en el más crudo animismo.

Hasta fechas todavía no lejanas, las relaciones de un considerable número de misioneros tampoco eran lo satisfactorias que hubiera sido de desear. Aterrados por el cúmulo de prácticas supersticiosas de que está impregnada la vida de los paganos, han sido en ocasiones demasiado fáciles en generalizar sus afirmaciones sobre la religiosidad de los aborígenes, sin detenerse a examinar si por encima de todas esas aberraciones brilla todavía alguna chispita de verdad.

Con todo, también en este punto empieza a cambiar la mentalidad de los misioneros. Dignos de todo elogio son los ensayos llevados a cabo por diversos miembros de las Misiones Extranjeras de París, a cuyo cuidado está confiada la evangelización de los territorios aborígenes. La serie de artículos publicados en "Anthropos" (1913) por el P. Lietard, los trabajos del P. Vial sobre la religión de los Lo-los, y los del P. Savina referentes a las creencias de los Miao, son una excelente contribución de la parte católica. Los protestantes van mucho más adelantados que nosotros en la presente labor. Además de numerosas biografías escritas por misioneros, y los numerosos boletines que aparecen regularmente en sus publicaciones periódicas, sobre todo en su órgano oficial, *The Chinese Recorder*, es digno de mención su *Journal of the West China Border Research*, dedicado exclusivamente al estudio de las provincias occidentales con énfasis peculiar en los problemas de aborígenes. También el gobierno chino, por medio de su supremo órgano cultural, la *Academia Sinica*, ha enviado sus especialistas a fin de que estudien el lenguaje y costumbres de estas razas.

Según los estudios del ya mencionado P. Lietard, varias de las tribus sometidas por él a examen reconocen la existencia de un Supremo Sér de quien dependen las divinidades inferiores. No pocos grupos conservan tradiciones sobre el diluvio, reconocen la inmortalidad del alma y—fenómeno curioso de origen indeterminado—veneran el símbolo de la cruz como remedio contra las enfermedades y defensa contra los asaltos del demonio. Los Lo-los creen también en un Supremo Señor (kezde) que engendró el cielo blanco y la negra tierra. En la época en que ambos elementos no estaban todavía separados, Kedze y Gage hicieron su separación, decretando después la formación del hombre con tierra transportada del Occidente. Poseen asimismo tradiciones sobre el diluvio universal, de

cuyas aguas se escaparon algunos supervivientes encaramados a un bambú, árbol que desde entonces veneran ellos con particular interés ⁴⁶.

Más definidas son todavía, si cabe, las creencias de los Miao. Su Dios Supremo, a quien designan con el nombre chino de Cielo (Ndo), es el que hizo la tierra, el que gobierna a los hombres y los castiga enviando enfermedades. El Miao, según el P. Savina, reconoce la soberanía absoluta de ese Supremo Señor sobre los hombres, tanto en este mundo como en el otro, y confiesa su propia dependencia de Él. Está convencido de que no puede escapar a su dominio: "el Señor del Cielo me ve", dice el Miao a cada instante. Y en sus enfermedades espera su curación de su poder, transmitido por un agorero o chamán. "Los Miao son—concluye SAVINA—monoteístas, y aunque admiten la existencia de divinidades inferiores, pero éstas se hallan siempre subordinadas al Supremo Señor" ⁴⁷.

Sus tradiciones sobre la creación del mundo y del primer hombre en particular, sobre el paraíso terrestre, la caída de los primeros padres, el diluvio universal y la dispersión de la raza humana después de la confusión de lenguas, están narradas con tal exuberancia de detalles, muchas veces verdaderos, otras mezclados con elementos confusos de carácter mitológico, que a autores entusiastas de la conservación de la primitiva revelación les parece encontrar aquí el ejemplar más auténtico y la confirmación ideal, tan ardientemente defendida. Lammenais, De Bonnett, Pauthier y los de su escuela se hubieran alegrado de conocer estos detalles. Pero no adelantemos conclusiones ⁴⁸.

⁴⁶ "Anthropos", VI, p. 324-5.

⁴⁷ SAVINA, *Histoire des Miao*, Hongkong, 1930. El autor es especialista en varios dialectos aborígenes del SO. de la China y del Annam. Algunos de sus estudios lingüísticos han sido premiados por la Academia de Bellas Artes de París.

⁴⁸ Por lo demás, la tradición diluviana está muy lejos de circunscribirse a estas tribus; el P. SCHMIDT la ha encontrado en otras antiquísimas razas. Más singular nos parece la tradición de los Miao sobre la dispersión del género humano después de la confusión de lenguas: "Como los hombres se multiplicasen sobre la tierra, intentaron subir al Cielo por medio de una escalera. Pero el Señor del Cielo, que les estaba aguardando, echó abajo a todos los que se habían subido. Antes los hombres hablaban una sola lengua; a partir de esta fecha, cada familia habló la suya propia. Al ver que no podían entenderse, optaron por separarse. Tal fué el origen de las lenguas que se hablan en la tierra" (o. c., p. 246). Compárese el párrafo transcrito con Gen 11, 1-9. ¿Cuándo y cómo se verificó el influjo del texto sagrado?

Porque antes de llegar a ellas es preciso plantear una serie de problemas y ver las respuestas adecuadas que se pueden dar.

En primer lugar, ¿cuál es la antigüedad prehistórica de estas tribus? ¿Es razonable catalogarlas, si no todas, al menos algunas de ellas, entre las razas retardatarias que no hace mucho abandonaron el estadio cultural de los primitivos actuales? No sabemos qué responderán a esto los etnólogos de profesión, que son los que, a fin de cuentas, tienen la palabra. Por una parte, la sencillez de la vida que profesan, lo poco desarrollado que en muchos aspectos se halla su nivel cultural y el sello de indudable arcaísmo que llevan algunas de sus tradiciones, sugieren una respuesta afirmativa, al menos para aquellos grupos que han logrado continuar desligados del influjo de la civilización china. A conservar la misma estabilidad contribuyen los matrimonios, que nunca se contraen sino entre individuos de la misma raza, puesto que obrar de otro modo sería inferir grave injuria a los antepasados. "El pueblo Miao—nos dice el P. SAVINA—es inmutable en todo: en sus construcciones, en su lengua y en sus costumbres. On est Miao ou on n'est pas, et quant l'on est, on l'est pour toujours". Por otro lado, sin embargo, un detallado examen de su vestimenta, instrumentos de labranza, escritura rudimentaria, etcétera, da como resultado que se trata de una raza que hace mucho sobrepasó los primitivos estadios de la cultura humana. Queda, pues, la cuestión confiada a los peritos⁴⁹.

La segunda pregunta que requiere solución es la de determinar qué vínculos raciales existen entre los aborígenes y la raza china propiamente tal. ¿Pertenece ambos a un tronco común? ¿Hubo al menos épocas en que ambas ramas llevaron vida uniforme hasta que, por razones que a nosotros se nos ocultan, la separación definitiva los apartó geográfica y culturalmente? Por lo que toca a la tribu Miao, la mayoría de los autores que hemos podido consultar se inclina a asignarles un origen racial distinto del de los chinos. Encuentran entre ambos diferencias fisiológicas demasiado acentuadas para que tengan un origen común. La tradición oral conservada entre ellos nos refiere que los Miao proceden del lejano Occidente; los Lo-lo, de las regiones tibetanas, y los Yao, de algún país oriental no bien definido. Pero, evidentemente, estas informaciones están lejos de ser fidedignas. La solución final dependerá de un estudio antropológico más extenso y del examen

49 Ib., *Les croyances des Miaos*, Passim.

comparativo del folklore de los aborígenes y de los chinos, pues no es esencial que ambos pertenezcan a la misma raza con tal de que hayan convivido juntos desde tiempos remotísimos. Aparentemente, los ritos funerarios, el culto a los antepasados y las prácticas mágicas apuntan en esta dirección, aunque sin dar respuesta plenamente satisfactoria al problema.

En último lugar—y es la interrogante principal— la fe monoteísta, que forma el centro de la vida religiosa de alguna de las tribus, ¿es tan antigua como la raza misma, o hay que atribuirle más bien a diversos contactos habidos con diversos pueblos en fecha muy posterior? Las respuestas varían según las creencias religiosas y teorías personales de los autores que las estudian. Para Savina, las creencias de los Miao constituyen sin género de duda restos de la primitiva revelación, preciosas perlas de la fe de los primeros hombres en Dios. Verdadero Judío errante, el pueblo Miao podría levantarse al oír la narración del primer capítulo del Génesis y decir: "Cela est vrai, j'y étais". Por nuestra parte, creemos que es demasiado afirmar. Indudablemente, una buena parte de los aborígenes actuales conservan tradiciones con elementos de origen reciente. Cuántos y cuáles son, es difícil concretar, así como tampoco la fecha de su inserción en el folklore popular. Con todo, si una vez verificada la depuración quedase todavía en pie la fe en un Supremo Señor, nuestro razonamiento conservaría todavía su vigor y sería una confirmación más de las pruebas indirectas de Etnología en favor del primitivo monoteísmo de los chinos.

Un segundo método de abordar el problema será el estudio detenido de las razas primitivas todavía existentes en regiones no muy alejadas geográficamente de China. Cualquier trabajo de investigación relacionado con prehistoria china no puede hoy día prescindir de los magníficos resultados obtenidos por la Etnología religiosa, a no ser que pretenda levantar todo el edificio cultural de este país sobre bases apriorísticas imaginadas para satisfacer ciertos anhelos de partidismo doctrinal y no para promover el adelanto de la verdadera ciencia sinológica. Para decirlo con las palabras de un etnólogo de nuestros días:

"Al tratarse de los orígenes de China, es preciso tener bien en cuenta los siguientes hechos: Que el Celeste Imperio no es más que un eslabón en la larga cadena de difusión étnica y cultural de la enorme área de la Eurasia—la cuna de la civilización—. Por lo tanto, lo que pudiera llamarse "doctrina monroísta

sinológica", según la cual la civilización china representaría y estaría basada en una entidad antropológica y cultural aparte que tuvo su origen en una atmósfera de aislamiento de todos los demás pueblos..., es una concepción que se halla en abierta contradicción con los hechos etnológicos conocidos. Por consiguiente, *todo análisis serio de los orígenes culturales en China debe tener en cuenta las manifestaciones similares y de algún modo relacionadas del resto del Asia, del Japón y de las islas del Pacífico*"⁵⁰.

Los pasos preliminares de estudio tan cautivador están dados ya al descubrirnos los etnólogos la existencia de varios grupos de razas primitivas en diversas latitudes del continente asiático y revelarnos las creencias religiosas que profesan. Mencionemos brevemente los resultados obtenidos con algunos de los principales grupos.

Dirigiendo nuestra mirada al NE. de China, daremos inmediatamente con dos de esas razas: con los Koriakos en la península de Kamchatka y con los Ainus en la parte septentrional del Japón, en las inaccesibles soledades de Yedo. Por testimonio unánime de los etnólogos, ambos pueblos pertenecen a un grupo cultural característico que ha recibido el nombre de *civilización ártica* y cuyos representantes son en Europa los Samoyedos y Laponos, que desde las costas del Mar Blanco se extienden hasta las extremidades de la Siberia asiática y componen en América las tribus aborígenes del N. de California.

Combinando las conclusiones de la Etnología y de la Prehistoria se ha podido establecer (y los resultados han sido adoptados por sabios de fama mundial, como Breuil, Obermaier, Burkitt, Heine-Gelder, Menghin y Schmidt) que la cultura de estas razas corresponde a la de la época paleolítica: paleolítico anterior, medio e inferior, caracterizado por el uso de la piedra tallada, el desconocimiento de la agricultura y de la cría de animales domésticos. Conclusión importantísima de esta equivalencia cultural: las creencias religiosas de estos pueblos nos representan asimismo con bastante exactitud y aproximación las que profesaban aquellas gentes del paleolítico, es decir, las razas más antiguas que han llegado hasta nuestro conocimiento. Más aún:

"Es lógico el suponer que la religión de los comienzos de la humanidad debió de ser, si no más desarrollada, al menos más pura que la de los primitivos actuales. De hecho, estos grupos son retardatarios, y, por lo tanto, degenerados, y su civilización

50 "Collectanea Commissionis Synodalis", Pekín, agosto 1938, p. 352.

debe considerarse más bien senil que primitiva. La humanidad poseía en sus comienzos más vigor, sencillez y espontaneidad" 51.

Con respecto a China, estas tribus ofrecen la inestimable ventaja de ser culturalmente contemporáneos del problemático Homo Pekinensis, cuyas facciones están llegando hasta nosotros tan desfiguradas al trasluz de ciertos antropólogos evolucionistas contemporáneos.

De la religión de estos grupos de primitivos, basten para nosotros las siguientes sumarias indicaciones. Las creencias de los Koriakos han sido estudiadas principalmente por R. JOHELSON, quien reconoce el importantísimo puesto que entre ellas guarda el Supremo Señor, aunque opina que su concepto no es ya preciso y neto, sino mezclado de cierta vaguedad. Los nombres con los que se le designa son: "El que está allá arriba", "El que vigila", "Universo" y "Trueno". Sus ideas cosmogónicas son relativamente pobres: el mundo y los hombres fueron creados por un Sér a quien llaman Gran Cuervo, que es un personaje del Supremo Señor y la personificación del principio vital de la naturaleza. El ya no se injiere en los negocios humanos, aunque de El proceden las hambres y las calamidades, y en su mano está la vida de los hombres, cuya duración está escrita en el cielo 52. El folklore de los Ainus viene también recibiendo estos años creciente interés de parte de un distinguido grupo de etnólogos. El mejor estudio que conocemos se debe al pastor protestante REV. J. BATCHELOR: *The Ainu of Japan* (1892-1912). Según este autor, por encima de todas las prácticas supersticiosas y de los cultos inferiores (entre los que sale la veneración del oso, a quien suponen progenitor de su primer antepasado) se halla el culto al Supremo Señor, a quien designan con los nombres de *tuntu* (columna fundamental), *kamu* (altísimo, cielo, óptimo, fortísimo), *pase kamui* (dios del cielo), *sinda* (creador, juez y regulador del mundo). El es la fuerza siempre viviente y generadora de la vida, el Sér inteligente de la naturaleza a quien son responsables todas las demás divinidades. Consideran como mediadores entre El y los hombres al fuego, a los antepasados, etc. Tienen muy desarrollado el culto ancestral, con ceremonias en muchos casos semejantes a las de los chinos. Dicen los Ainus que cada hombre tiene capacidad para conocer al Supremo

51 MAGNIN, *Apologétique*, p. 187.

52 SCHMIDT, *Der Ursprung der Gottesidee*, vol. III, p. 390s.

Señor y para ponerse en contacto con El por medio de la oración⁵³.

Idéntico será el resultado que obtendremos si dirigimos una rápida mirada a las razas primitivas aún subsistentes en las regiones del S. y SO. del Celeste Imperio. Su estudio no deja de tener para nosotros cierto interés, pues no faltan antropólogos para quienes la raza china traería su origen, no de las regiones del Asia Central, como antes se creía, sino de alguno de los pueblos que habitan los mares del Sur.

Al SO. del continente encontramos en primer lugar a los Negritos filipinos, 'estudiados etnológicamente por el R. P. VANOVERBERG, enviado con tal fin a aquel archipiélago por Pío XI. La religión de esas tribus es elevada y viviente. El Supremo Señor a quien adoran es el creador del mundo, incorpóreo e invisible. Las oraciones con que imploran su auxilio muestran que le consideran como a un Sér lleno de bondad. Le ofrecen como ofrendas las primicias de sus productos. "Entre los Negritos no aparecen restos de superstición ni tienen miedo a los muertos, quienes van, si han sido buenos, allí donde se está bien, y si perversos, allí donde se está mal"⁵⁴.

Los Andamanes ocupan una extensa cadena de islitas escalonadas de N. a S. en el Océano Indico, en las proximidades de Malaca y Siam. Entre sus concepciones religiosas, y envuelta en una baraúnda de animismo, resalta la noción del Supremo Sér, Puluga, que vive en el cielo con su mujer, sus hijos y sus ministros⁵⁵.

Y, para concluir, dos palabras sobre los Pigmeos de Semang, pobladores actuales de diversas regiones de la península de Malaca. Los etnólogos han mostrado peculiar interés por el estudio de este grupo racial, que es—así lo cree el P. Schmidt con otras autoridades—restos de un tipo cultural único en el mundo, y pertenece a la Edad de Madera, que cronológicamente debió preceder a la aparición de la Edad de Piedra.

Los estudios del P. SCHEBESTA, S. V. D., quien además de

⁵³ Ib., p. 450-490. Un resumido estudio sobre el mismo tema en *Dictionnaire de Sociologie*, I, pal. "Ainu".

⁵⁴ RABEAU, o. c., p. 54. Cf. EUI, vol. XXXVIII, palabra "Negritos".

⁵⁵ Cf. el artículo extremadamente erudito del Prof. PERTAZONI en la EIt, TRACCANI, palabra "Andamane". La original teoría del sabio italiano sobre el "uranismo" de los dioses supremos ha quedado ampliamente refutada por PINARD, I, p. 398s., y por SCHMIDT-LEMONNYER, *L'Origine de la Religion*, p. 243.

conocer la lengua vivió durante algunos años en medio de ellos, han iluminado facetas desconocidas y en extremo interesantes de su vida religiosa y cultural. Por ejemplo, las que siguen:

"El tren de vida cotidiana que llevan estas tribus, y que apenas deja traslucir nada de su aspecto religioso, podría inducir a alguno a considerarlos desprovistos de toda religión. Y, sin embargo, no es así. Esa vida religiosa existe. Los Semang admiten la vida de ultratumba, la cual, aunque concebida con imágenes distintas, corresponde en líneas generales a la de nuestro cielo. En éste colocan a varios personajes celestes conocidos por el nombre malayo de *Oran Hidop* u hombres no sujetos a la muerte... El mayor y más potente de todos ellos es Karey. Su aspecto nada tiene de Semang; es blanco, de elevada talla y de una noble cabeza coronada por plateados cabellos. Nadie puede acercarse a El so pena de quedar reducido a cenizas, porque quemado como fuego violento. Karey es también el señor del trueno, el que lanza los relámpagos y el que aniquila a los hombres que se atreven a violar sus mandatos. El es también quien envía las enfermedades, excepto algunas. Los Semang le acusan a veces de crueldad porque no castiga a los que se han hecho culpables de alguna grave infracción"⁵⁶.

Asentemos, pues, una vez más, apoyados en los resultados de la Etnología moderna, que los primitivos actuales del Asia Oriental son todavía monoteístas. Y estos pueblos, que, por la configuración geográfica de sus respectivos países, parecen rodear cual fantástico arco los límites del Celeste Imperio, son los vestigios más lejanos de los pobladores del continente asiático llegados a nuestro conocimiento y científicamente estudiados. Ahora bien, si en todas partes, dentro de esta área inmensa, nuestros primitivos pueblos profesan la fe en un Supremo Señor, tendremos que confesar que esa creencia constituye una parte esencial de la civilización humana más antigua. Así es. Pero todavía podemos adelantar una pregunta más: *¿por qué no podremos afirmar lo mismo acerca de los primeros habitantes del suelo chino, que probablemente caían dentro del ingente círculo de pueblos?*

Las deducciones científicas militan plenamente a nuestro favor, y a falta de datos positivos, ésa sería la posición del hombre de ciencia que abordase el problema sin prejuicios doctrinales. Es verdad que, a fin de que nuestra inducción fuese completa, deberíamos saber cuál fué la raza que primero habitó el territorio chino y cuál en concreto su nivel cultural y religioso. En el estado actual de conocimientos pre-

⁵⁶ Etudes, 1924.

históricos, lo primero no nos es dado saber con certeza, y lo segundo es difícil que lo lleguemos a dilucidar mientras nuestro Homo Pekinensis esté en manos de partidarios de un ciego evolucionismo que necesita dar tiempo al tiempo a fin de que los profundos huecos dejados al aire por sus aventuradas hipótesis puedan llenarse poco a poco con un sér semi-animal que paulatinamente va adquiriendo facciones humanas, más tarde la facultad de hablar y por fin, Dios sabe cuándo, la capacidad de experimentar sentimientos religiosos⁵⁷.

Es, sin embargo, de esperar que, a medida que progresan en China las ciencias etnológicas, tal vez el método de los ciclos culturales, propuesto por la escuela historicocultural del P. Schmidt, nos ahorre ese largo compás de espera. Hay ante todo un hecho bien averiguado que conviene constatar con toda nitidez para salir al encuentro de ciertos sabios que confían poder encontrar en futuras excavaciones antropológicas datos con que refutar nuestra posición actual:

“Los hombres del paleolítico inferior—contemporáneos de nuestro Homo Pekinensis—no eran más primitivos que nuestros primitivos actuales... Más aún, comparados con algunos grupos raciales de nuestros días, poseían una civilización superior y más desarrollada... Por consiguiente, la Prehistoria no puede ofrecernos ulteriores detalles sobre el origen de la religión y sobre el conjunto de la cultura humana que los suministrados ya por la Etnología”⁵⁸.

Cuáles son éstas por lo que al paleolítico se refiere, lo hemos visto ya y no es menester insistir de nuevo en ello. Que a lo largo de las subsiguientes épocas prehistóricas, y principalmente durante el neolítico, que desde el punto de vista cultural debió parecerse bastante a nuestro revolucionario siglo XX, esas creencias sufrieron hondas y dolorosas transformaciones, o por mejor decir, deterioraciones, es verdad bien adquirida por los amantes de la historia comparada de las religiones. Particularmente entre los pastores nómadas de las

⁵⁷ Si los antropólogos en cuestión se limitaran a relatar los hechos y no se metieran a construir teorías filosóficas, serían de incalculable ayuda para esclarecer el espinoso problema de los orígenes religiosos de China. “Collectanea Commissionis Synodalis”, 1932, p. 1092s., ha reproducido un artículo del P. Schmidt sobre el parentesco folklórico del *Sinanthropus* y el de algunas tribus primitivas del Asia Oriental, por las que deducía que aquellos primeros habitantes del suelo chino abrigaban también sentimientos verdaderamente humanos, y de ningún modo costumbres groseras y repugnantes, cuadro, como se ve, bastante diverso del trazado por algunos peritos en Antropología.

⁵⁸ MANGIN en “Apologétique”, p. 184.

estepas asiáticas, el Sér Supremo fué perdiendo su personalidad y revistiendo atributos mitológicos al mismo tiempo que hacía frente a la concurrencia ofrecida por la aparición de otras divinidades inferiores.

Existe al N. de China un gran pueblo de gran influjo cultural y económico, junto con la potente civilización del Asia Central (donde al presente se están excavando riquísimos tesoros de cultura grecoíndica y descubriendo las célebres caravanas de la ruta de las sedas), un pueblo que dejó honda huella en la formación del Celeste Imperio. Es el pueblo mogol, que, al finalizarse la época paleolítica, habitaba las estepas norteñas, llevando la vida aventurera de los pastores nómadas. También ellos debieron dar culto a un Supremo Señor, protector de sus ganados y guía de sus correrías. Pero el hecho de pasar las interminables noches invernales cuajadas de estrellas, que al tachonar el firmamento le imprimen un resplandor azulado inconfundible, los indujo paulatinamente a identificar al Señor de lo Alto con el autor del cielo azul y más tarde con éste mismo.

A principios del neolítico, al derretirse los últimos glaciares, aquellas tribus pastoriles, vigorosas y fuertemente organizadas, empezaron su marcha expansional hacia el Sur, a convertirse en agrícolas y más tarde a formar las grandes civilizaciones. Su panteón fué aumentando también. Con la prevalencia temporal del matriarcado entró en escena el culto a la Tierra-Madre, esposa del Cielo, y a veces muy poco inferior a éste. El culto a los antepasados adquirió también inusitado esplendor: las tribus de pastores y de campesinos veneran al fundador de su clan, en tanto que en las de los guerreros este mismo culto toma la forma de la veneración a los héroes. Los ritos se multiplican considerablemente y empiezan a vislumbrarse las actividades de una casta sacerdotal.

Un paso más y llegamos a las grandes civilizaciones terciarias, en las que tiene lugar, entre otros notables fenómenos de evolución religiosa, la elaboración, lenta pero continua, de las religiones históricas. Los panteones que en la época anterior sufrieron un notable eclipse y se revelaron con marcada tendencia hacia un burdo politeísmo, vuelven a formarse una vez más, pero ésta bajo la presidencia de un gran Supremo Señor. No es fácil determinar las razones de este rápido viraje, de grandes consecuencias para el futuro. Los cultos inferiores están, con todo, muy lejos de desaparecer. Pululan por doquier el animismo, el manismo y la magia. La centralización política y la reflexión teológica son asimismo factores

dignos de consideración, que más bien favorecen la vuelta al Supremo Sér, sin restituirlo a su excelso puesto primitivo.

Y hemos también aquí, traídos como de la mano, a la época en que el pueblo chino, desde hace siglos en período de ebullición y resurgimiento, conoce una pujante civilización que se nos revelará en las inscripciones de la dinastía Shang, una de las más progresivas y revolucionarias que ha conocido el país en toda su historia.

PRUDENCIO DAMBORIENA, S. J.